

La mano y el tiempo

Hugo Hiriart



En cuanto descubrí en una librería de la UNAM el tomo 111 de las Obras Completas de mi maestro José Gaos, lleno de alborozo lo adquirí. La razón es que el tomo incluye un pequeño libro, muy esperado por los frequentadores del maestro. El trabajo es llamado *Dos exclusivas del hombre. La mano y el tiempo*. Este pequeño libro es, de seguro, el más ameno y accesible de los trabajos del filósofo, una delicia literaria, ensayo penetrante, magistralmente pensado y escrito. Se trata de unas conferencias o lecciones exotéricas, esto es, para el gran público, que el maestro impartió en Monterrey en 1945.

La expresión “gran público”, discurre Gaos, no es cualitativa, sino cuantitativa; no es que sean muchos, sino que es público por esencia incapaz de interesarse en lo que no es concreto, esto es, que ha crecido con él, que está “en inmediato torno suyo” (en la factura de esta oración se aprecia al discípulo de Ortega y Gasset). Pero la meditación acerca del humano que emprende Gaos, del humano de aquí y ahora, de este lugar, época y cultura, es una cavilación acerca no de algo distante y abstracto, sino próximo e inmediato, a saber, es la reflexión acerca de nosotros mismos.



José Gaos

“Exclusivas del hombre” quiere decir aquello que sólo el humano posee y de lo que todos los demás entes, seres de la naturaleza o artefactos, carecen.

En la mano puedes hallar al humano entero:

Si con un hueso, con un diente, cabría reconstruir el organismo respectivo (al que pertenece), la mano está con el resto, no sólo del cuerpo humano, sino del ser humano entero, y hasta de la cultura humana, en relaciones tales, que por su mano es posible conocer al hombre, rehacerlo, incluso con sus obras.

Esta representatividad humana de la mano refleja la variedad de significados que la voz “mano” tiene en nuestra habla: No es lo mismo “mano de pintura” que “mano de gato” o que “conceder la mano” (por prometer en matrimonio) que “mano de baraja” o “dar una manita” (por ayudar) o “poner la mano encima”, no es igual “mano del metate” que “mano de obra” o que “queda a mano derecha” o “está bajo su mano” (bajo su dominio); tampoco es igual “manos libres” que “manos muertas” que “mano a mano” o “a mano” o “a manos llenas” o “mano armada” o “meter la mano” o “venir a las manos” (pelear) o “lavarse las manos” (abstenerse).

Del análisis de la humanidad de la mano, Gaos eligió desarrollar un punto y lo hizo con maestría, es el trozo más célebre del breve libro, se trata de la fenomenología de la caricia. El tema tiene vericuetos y hay que desbrozarlo, distinguir, por ejemplo, “caricia” de “palpamiento erótico”, como bien asienta Gaos, que ciertamente era, no sólo inteligente, muy instruido y, con ciertas inclinaciones religiosas, y aun quizá místicas, sino también hombre

marcadamente sensual. No es lo mismo, distingue, caricia y palpamiento porque la caricia es neutra eróticamente, se acaricia al pasar la cabeza de un niño, se acaricia un perro hasta un objeto preciado, un jarrón chino, un libro raro, un abrigo de pieles...

Eso poquito anotamos de lo mucho que describe Gaos, acerca del pulgar oponible del *homo faber*, esto es, de la mano humana.

El tiempo, la otra exclusiva, es asunto que puede ser de grande complicación. ¿Por qué es exclusiva del humano el tiempo? ¿No están en el tiempo las plantas, los animales, los minerales y aun los artefactos fabricados por el humano? Sí, claro, todo está en el tiempo, menos lo situado fuera del tiempo, es decir, en la eternidad, Dios, entes matemáticos, como el triángulo, ideas platónicas, si admitimos su existencia, valores, si lo mismo. Sí, todo está en el tiempo, puede “vivir *en el tiempo*”, pero no todo puede “vivir *el tiempo*”, de hecho, sólo el humano es capaz de *vivir el tiempo*, es decir, capaz de captar sus tres éxtasis, presente, pasado y futuro, y el fluir del futuro hacia el presente y de ahí hacia el pasado de la manera como nos representamos el tiempo.

Y al vivir el tiempo captamos, no sólo nuestro propio carácter percedero, nuestra caducidad, sino, con dolor, la fugacidad de todas las cosas. Así vamos a dar al tema poético por excelencia, el único, según los chinos, digno de ser cantado:

¿Decidme dónde, en qué país
están Flora, la bella romana,
Alcipiada, nacida Thais
que fue su prima hermana,
eco, que hablaba cuando ruido hacemos
por encima de ríos o de sus estanques,
y tuvo una belleza más que humana?
¿Pero dónde están las nieves de antaño? [U]